

Eva Díaz Pérez
El sonámbulo de
Verdún



Un siglo de la historia de Europa que tan solo dura el fugaz momento en que una bala sale de un fusil y llega a la frente de un soldado en los campos de batalla de Verdún.

Las trincheras de la Gran Guerra; el derrumbe de la despreocupada e indolente Viena *fin de siècle*; la Pragamágica de autómatas y leyendas, atravesada por los totalitarismos; el campo de concentración de Terezín y la clínica de exterminio de Hartheim; el mundo de la demencia en Steinhof, la ciudad de los locos; la cárcel de represión comunista de Léopold. Son los escenarios para la memoria del siglo XX que se suceden a través de una saga invisible que recorre todo un siglo de la historia de Europa, mientras un joven checo, Jaroslav, tras desertar de ejército austrohúngaro aguarda en las trincheras de Verdún el fin de la batalla y de la guerra.

Índice de contenido

Cubierta

El sonámbulo de Verdún

Paisaje con cuervos

Cuentos de los bosques de Viena

La dama decapitada

El Archivo de Guerra

Historia de la bala de Sarajevo

El vals del engaño

La verdadera historia de Jaroslav Smoljak

Los locos de Steinhof

El mapa de los «pruchody»

El hombre que aprendió a borrarse

Mentira y silencio del héroe

El cuaderno austrohúngaro

Un espectro pasea por Praga

Los espejos del Moldava

Sobre la autora

A Lombilla

«Las agujas del reloj del barrio judío se mueven al revés, como tú retrocedes en tu vida lentamente, al subir hasta Hradcany y escuchar por la noche, en las tabernas, esas canciones checas».

GUILLAUME APOLLINAIRE,
El paseante de Praga

«El rostro austríaco sonreía porque ya no tenía músculos faciales».

ROBERT MUSIL

Uno: tirar los dados.
Dos: avanzar cuatro casillas.
Tres: comenzar una historia...

Paisaje con cuervos

1

La bala está a punto de llegar a la frente del soldado, pero él no lo sabe.

El proyectil corre despiadado hacia su cabeza, ansioso por atravesar la piel, el cráneo y horadar el cerebro tibio y gelatinoso lleno de audaces y enrevesadas circunvoluciones, un cerebro trabajado, el clásico cerebro de una persona que piensa demasiado o cuya imaginación es fabulosa. Parece un jardín laberíntico en el que ahora mismo hay un recuerdo que pasea.

Un recuerdo que pasea.

Es una escena de la infancia en la que aparece una ciudad hermosa, llena de torres y sombras, y una cocina que huele a lluvia, gatos y leche caliente. Ese recuerdo que recorre el jardín gelatinoso antes de que todo termine acaba de doblar una esquina del laberinto y se ha internado por otro recuerdo dentro del recuerdo. Lo que se ve ahora es el aula triste de un colegio. Lluve sobre las torres con tejados de ripia roja de esa ciudad lejana y hermosa. Los niños atienden más a la escena de la lluvia que espejea las fachadas en el suelo de la calle que al profesor explicando la lección. No podemos oír lo que dice. El maestro es casi calvo, tiene unos enormes bigotes de guías y cuello almidonado de forma imposible. Ahora señala con un puntero un mapa del imperio austrohúngaro y este soldado que está a punto de morir comprende que es uno de esos niños más intrigados por la lluvia de la tarde que por la lección. Ni siquiera le interesa el mapa en la pared de esa Europa de fronteras

absurdas por las que un día luchará. Ahora lo sabe. Es más, intuye que en un lugar de ese mapa está señalado el sitio donde va a morir. No imagina lo cerca que está la muerte. Ni que la trinchera que ahora pisa está destinada a ser su fosa.

Esta bala cruel, que vaga solitaria entre el humo, los gritos y las bombas, es una bala disparada hace mucho tiempo. Concretamente, el 12 de junio de 1916. Estamos en Verdún. Y el paisaje es una dantesca acuarela de babas negras de trinchera. Pero burlémonos de la velocidad de esa bala. Paremos este momento y vayamos atrás en el tiempo, quizás hasta el recuerdo de la infancia del soldado que está a punto de morir. O más lejos aún.

Por ejemplo...

... Es sábado. Y debe de ser marzo. El año: 1890. La ciudad: Praga. El lugar: esa cocina que huele a lluvia, gatos y leche caliente. En otra estancia hay una mujer pariendo a la luz de lámparas de carburo. Ahora deberíamos dedicar una oda a las mujeres preñadas que están a punto de parir en esos años del fin de siglo. Sencillamente, dedicar un amable homenaje o un torpe recuerdo emocionado al día en el que los ovarios de las mujeres que parieron esta carne de trincheras para la Gran Guerra tuvieron su primer menstruó. Cuando triunfaban las metáforas simbolistas, el vals entraba en la vejez y en los cuadros se introducía el germen de la locura.

Una oda a los úteros de trinchera.

Estamos ante el primer acto de la vida de un soldado de la Gran Guerra. Un soldado que se llama Jaroslav. Un soldado que jamás imaginó que moriría en una trinchera llena de barro y sangre en Verdún. Verdún... En esta tarde de colegio perdida en el tiempo no sabría señalar ese lugar en el mapa.

Verdún, ¿su tumba?

Jaroslav Smoljak acaba de nacer. Y en este preciso momento están pasando muchas cosas en la Praga de 1890. A

esa misma hora ha comenzado el deshielo en el río Moldava y toda la ciudad se estremece cuando los trozos helados chocan estrepitosamente contra los pilares del puente Carlos. Llegan a las riberas, junto al espolón de los rompehielos, los comerciantes del agua congelada del Moldava, de esos trozos que conservan como en un fósil pequeños fragmentos de espejos helados. Los tajamares de madera del puente hieren el frágil hielo provocando un sonido semejante al de una tormenta.

A esa misma hora...

Una orquestina de gitanos toca en una cervecería junto a la iglesia de Týn.

Un salchichero nocturno enciende un cigarro que impregna con sus dedos grasientos. Y se queda mirando el cielo negrísimo de marzo.

Se han hundido un milímetro más las sepulturas del cementerio judío de Josefov en su rasca infernos subterráneo, de doce plantas bajo tierra en esta ultratumba sin fondo.

La niebla que comienza a subir del Moldava se confunde con la del castaño que todos los días se coloca bajo la torre del puente de la ciudad vieja y que dice extrañamente que él es el mejor bebedor de nieblas de Praga.

Y una colonia de termitas ha empezado a horadar los santos de madera de tilo de la iglesia de San José. Nadie se dará cuenta hasta dos meses después. Quizás sea demasiado tarde, pero ya habrán intuido que esta es una historia que va hacia delante y hacia atrás, una historia que juega partidas con el tiempo. Así que tal vez aún podamos controlar el destino.

Sí, ahora, por fin, acaba de salir Jaroslav, que parece un trozo de carne ensangrentada que a su madre le recuerda a los pingajos de los puestos de atrás del mercado, donde compran los más pobres. El niño —o lo que sea, sería difícil de definir— huele a la reseda con que se perfuma su madre, la señora Klugova, y tiene un vago hedor a pescado del Moldava, quizás porque lleva los flujos uterinos de esta

paridora de carne de trinchera. Claro que ese es el olor del Jaroslav bebé. El resto de su vida tendrá otro olor, una mezcla de gabardina siempre mojada y sopa de col.

Su padre, el señor Jirí, quiere emborracharse, pero no lo hará con vulgar cerveza de esa que le atonta los días. Hoy beberá aguardiente de ciruelas para celebrar el nacimiento de su primer hijo: Jaroslav Smoljak. Él, contémoslo ya, tendrá una borrachera agridulce porque recuerda que antes de este hijo hubo otro niño que nació muerto. Un niño que parece no haber abandonado esa casa del todo. Pero ahora bebe y olvida, o bebe y celebra el presente. Sí, la bala del 12 de junio de 1916 sigue su curso, pero al menos, por ahora, estamos en un sábado de marzo del año 1890. Praga comienza a dormir y suena como una tormenta lejana el deshielo del Moldava.

2

Cae una leve llovizna sobre Verdún, aunque ahora se asoma un tímido sol de luces turbias. Fritz coloca las postales sobre la mesa de la habitación de su hotel. Las tarjetas ilustradas muestran el Verdún bombardeado de la Primera Guerra Mundial. Ahora, en este amable y apacible presente —o tendríamos que decir futuro—, parece imposible que algo así pudiera ocurrir.

Son veinte postales y quiere seguirles el rastro. Recorrer el itinerario de esas misivas que nunca llegaron. No sabe si lo conseguirá, pero estaría satisfecho si pudiera cumplir con el recorrido inacabado de estas cartas, quizás por culpa de la muerte de quien las envió o del caos de los servicios postales en tiempos de guerra. Le seduce componer el puzle de los diálogos interrumpidos entre personas que ya no existen.

Fritz Wolf tiene un proyecto artístico para el Museo Mumok de Viena: crear una instalación que recuerde aquella guerra olvidada. Ha recorrido el paisaje de las antiguas trincheras, los parapetos, las galerías y cuarteles subterráneos y los cementerios. Todos los cementerios de los héroes.

Busca huellas. Una galería de objetos que sugiera los miles de historias que no se contaron. Desde hace muchos años está obsesionado con la gramática de los objetos, con la entraña invisible que aguarda dentro de las cosas. En los campos de Verdún ha descubierto a estas alturas del olvido —noventa años— cartuchos, restos de mochilas, sacos terreros, una máscara de gas incompleta, una cizalla de zapadores, hasta cinco granadas de mano y un capote militar. Lo fundirá todo en un mural a lo largo de un angosto pasillo que sugiera el espacio agónico de las trincheras. Incluso ha compuesto un paisaje sonoro que evoca una inquietante pesadilla. Y un sistema que expulsará a través de un preciso mecanismo un hedor semejante al de la sangre seca mezclada con barro. Vapores sucios para simular el aire del viejo Verdún.

Pero ¿cómo sugerir el horror a un visitante incauto, feliz y despreocupado que ha decidido distraer el aburrimiento de un domingo ocioso para contemplar el «último ingenio» del artista Fritz Wolf? ¿Cómo obligarlo a sentir el barro de una trinchera, la cercanía de las ratas que devoran a los compañeros que murieron el día anterior, el macabro y constante sonido de los obuses? Fritz piensa noquear a estos ingenuos, los cogerá de la nuca para que recorran esa trinchera virtual en que convertirá el Museo Mumok de Viena, hará que vomiten con el olor de la muerte, que tiemblen con el silbido de las balas.

La víspera, Fritz encontró una bota en el cercano bosque de Cumières. No ha podido dormir en toda la noche pensando en el soldado que tal vez siga caminando por los campos de Verdún buscando su bota, desgarrado por el dolor del pie de trinchera, la piel arrugada y el talón podri-

do por estar todo el día sumergido en los charcos del frente. Porque ¿dónde están los que murieron en ese campo de batalla?

La bota está ahí, observándolo, contándole mil historias desde el otro lado. Fritz piensa entonces en la posibilidad de que ese soldado sin nombre intentara enviar alguna de las postales que ha colocado sobre la mesa de su habitación y que esperan reanudar sus diálogos interrumpidos. Imaginemos que es la tercera por la izquierda. No, esa no, la de la cuarta fila, junto al cenicero. Sí, sí, esa misma.

Veamos.

En ella se ve la curva del río Mosa y un banco solitario. Casi nada más porque el resto son ruinas. Claro que eso es solo una apariencia. Acerquémonos más, como si pudiéramos pasear por esa vieja fotografía.

Hace frío dentro de la postal. Y corre un viento húmedo y desapacible.

Debe de ser invierno en este Verdún de la fotografía. Estamos en plena guerra y el aire apesta a muertos y a pólvora. Es casi imposible de soportar. Hay una luz amarilla porque no hay que olvidar que paseamos por una estampa del pasado y todo es de color sepia, o blanquinegro, o matizado por cenizas húmedas. Deambulamos por un pasado muerto.

A la izquierda, se ve una casa sin fachada. Están aún en pie las paredes que separan las habitaciones, una cocina derruida en la que increíblemente permanece una sopera sobre la mesa, lienzos de imágenes desvaídas por la lluvia y el aire de la intemperie, un calendario de futuros aniquilados y una máquina de coser cuyo pedal parece mover el viento furioso de la batalla. Podemos sentir los sonidos del pasado, pero de un pasado anterior al de esta guerra. Un pasado en el que los habitantes de esta casa cenaban felices y despreocupados. Incluso suena una música lejana, risas, voces que apenas entendemos. Pero sabemos que

pronto estarán calladas. Es terrible jugar con la ventaja de conocer el futuro del pasado.

Salgamos de la postal. Hay demasiada tristeza.

Fritz está cansado, pero decide recorrer otra vez el bosque de Cumières y el de los Cuervos, en la región que llaman del Hombre Muerto, rastrear en una cartografía que un día fue el plano de un campo de combate. Crece la hierba, las flores —amapolas, siempre las amapolas y su sueño de muertos—, hay colinas que parecen dibujadas por el capricho ondulante de la orografía, pero en realidad son el garabato definido por los hoyos de los obuses y por las trincheras. Fritz oye palpar el vientre del paisaje, como si en su interior aún se escondiera un cuento perverso que alguien no terminó de contar.

Pero sigamos sobre el mapa el recorrido por las tumbas de los héroes.

Fritz fotografía un agujero de obús junto al antiguo fuerte de Vaux y una red de trincheras todavía visible en el lugar histórico de Combres. Y anota en un cuaderno: «A los que no tuvieron tumba». Imagina una escena terrible en la que un obús destroza por completo a un joven soldado. ¿Dónde está su tumba?

Si Fritz cerrara los ojos y se concentrara en la percepción más profunda de su oído, podría olvidarse del canto de los pájaros, del sonido del viento sobre los árboles nutridos en las trincheras y escucharía el susurro de las historias de los soldados sin tumba.

Y sigue apuntando: «En 1991, en Saint-Rémy-laCalonne fue encontrado el cuerpo del escritor Alain Fournier junto a otros soldados de su regimiento. Hay un pequeño monumento que lo recuerda y una tumba en el cementerio del pueblo dice que allí yace su cadáver. Sin embargo, al autor Louis Pergaud aún lo buscan arqueólogos aficionados a este más allá de la Gran Guerra. ¿Dónde estarán las historias que Pergaud continúa escribiendo en estos paisajes de batallas perdidas?».

Fritz camina y camina o bien conduce sin descanso por los alrededores. Recorre estos bosques y colinas de muertos desde hace semanas. Cuenta con un permiso para indagar en este lugar histórico, porque está prohibido rastrear. Ya se ha topado con turistas fascinados por la herrumbre de la guerra que se afanan en encontrar medallas, balas, cascos, mochilas, latas de sopa, bayonetas, alguna limosna del pasado para incorporar a sus macabras colecciones militares. Él creía que buscaba en una contienda olvidada, pero no es así. Pensaba que era un asunto de viejos, como él mismo, que ya solo parece empeñado en mirar hacia atrás. Sin embargo, recorren estos campos jóvenes aficionados que jamás han vivido una guerra pero que conocen a la perfección la estrategia de los combates, se emocionan con los detalles de cada uniforme como si jugaran con muñecos y posan orgullosos en el álbum de viaje con el paisaje de fondo de esta guerra lejana.

Fritz los ha visto en el monumento de Verdún haciéndose fotografías con sonrisas incansables ante cañones que aún guardan el aliento de muerte, posando sin pudor en los cementerios, en la torre de los muertos de Douaumont —46 metros de vértigo y nostalgias de muertos sin nombre—, en el monumento-osario a los espectros del Argonne, en el túnel de los Cuervos, en la enfermería del fuerte de Vaux que aún huele a septicemia. ¿Es que no ven el horror del pasado o es precisamente eso lo que les fascina? Coleccionan cromos y estampitas de la Gran Guerra como quien guarda gestas de los cantantes de moda: el comandante Raynal pasando revista, el teniente coronel Driant antes de la batalla, el general Gouraud cargado de medallas, el mariscal Hindenburg henchido de victorias o el general Ludendorff con la siniestra mirada de quien dibuja una guerra sobre los mapas.

En verano —todos los viernes y sábados— incluso se celebra una recreación histórica de la batalla. Fritz ha contemplado los disfraces militares, el morbo de las muertes

de mentira, el detalle escrupuloso con que se reproducen las armas gracias a tanto experto en estrategia castrense. Pero nada podría representar la verdad, nada recuerda con certeza lo que ocurrió aquí. Se anuncia: «Para no olvidar el infierno de Verdún. Una hora y veinte minutos de espectáculo. Adultos: 20 euros. Niños: entrada gratuita». Y así pasan una apacible tarde en el horror de Verdún.

Sabe que esta guerra histórica solo se podría representar como un espectáculo, pero Fritz se afana en aproximarse a la realidad, aunque solo sea un poco. Hoy decide coger el coche para buscar los pueblos muertos, aquellos que desaparecieron en la Gran Guerra: Beaumont, Cumières, Bezonvaux, Fleury... En Fleury ha tomado fotografías de las casas fantasmales. Donde estuvo cada una de ellas hay un poste, un cortejo de palos, de tumbas de hogares que ahora solo son líneas invisibles. En la habitación del hotel tiene un par de postales de pueblos que ya no existen. El mapa invisible de Fleury, el oratorio con la estatua de Notre Dame de Europa —¡cómo apestaban las tripas de esta Europa moribunda!— y un letrero estremecedor: «Aquí estuvo Fleury».

Antes de continuar con su itinerario de pueblos espectrales decide detener su coche en una zona boscosa cercana a un barranco donde hace unos días encontró algunas piezas curiosas. Además, la edad no perdona y tiene que mover las piernas, pasear para no oxidarse como esta herrumbre de objetos que busca. Antes de descender del vehículo siente un palpito, una animosidad extraña, emocionante. Sabe que muy cerca hay algo que le espera, solo custodiado por las lombrices de Verdún durante décadas. A dos metros de un hermoso zarzal de moras que parece un bodegón ve algo oscuro que brilla. Las escorrentías de las lluvias de días anteriores han descubierto lo que esconde el paisaje. Escarba y allí está. Es un simple casco. Ni siquiera podría saber de qué ejército. Cualquier aficionado a las colecciones militares lo sabría. Da igual, a él solo le importa